

partiendo del nombre del libro de poemas de César Vallejo, escribo una letra en la que pienso en mi hija Trilce. Para esa música me basé en un aire anónimo del sur de Chile que me enseñó una querida amiga chilena, Ximena Bulnes. Aparte, como en casi todos mis discos, interpreto algo de otros autores, en este caso de las duplas Eliseo Salvador Porta y Alfredo Zitarrosa, y Circe Maia y Jorge Lazaroff. Desde el punto de vista técnico participó el uruguayo Carlos Píriz, al igual que años antes en *Canto libre y Canciones chuecas*. En *Esdrújulo* me grabó él junto a Laura Fonzo en Buenos Aires. En Montevideo, terminamos la mezcla con Daniel Báez. Tengo que decirte que los técnicos de grabación han tenido mucha importancia en mi trabajo. Así que también recuerdo a Eduardo Etchepare, que grabó mis dos primeros discos, y a otro técnico uruguayo, mi amigo Francisco Grillo. En el exterior, no olvido a los técnicos de EGREM en Cuba, Medardo Montero y Jerzy Bele, que intervinieron en otros dos de mis trabajos.

– *Cantando, grabando, ya instalado en el Uruguay, seguiste viajando al exterior*

– Sí, es verdad. Tanto que en mis primeros tiempos viviendo ya en Uruguay, no faltaba acá quien me preguntara: «¿Por cuántos días estás, cuándo te vas?» Y es que por diferentes razones afectivas y de trabajo, mis viajes de ida y vuelta a París se fueron prolongando, siempre coincidiendo con alguna actividad en Europa. Te comento algunos de los trabajos que hice en ese período. En París di varios conciertos en el Théâtre de la Ville, la sala en que años antes me habían arrebatado el grabador durante aquel recital de Atahualpa. En Alemania di un concierto en el Alter Oper de Frankfurt. En España, Raimon me invitó a participar en el homenaje que le hicieron en el Palau Sant Jordi de Barcelona. En el Folk Festival en Turín, Italia, compartí una noche latinoamericana con los brasileños Caetano Veloso y Margaret Menezes. Algo fuera de lo habitual, fue cuando el periodista Gianni Miná nos invitó a Milán a vos, Mario, a China Zorrilla y a otros uruguayos. Fue cuando el campeonato del mundo de 1986, para aquel programa de la RAI sobre nuestro país, ¿te acordás? Participó nada menos que quien nos hizo ganar en Maracaná en el 50: el puntero Ghiggia. En esos viajes, además de trabajar, pude visitar a viejas y nuevas amistades. En París, me reunía con los urugua-

yos en La Parrilla, donde todos trabajaban solidariamente por proyectos de cara a nuestro país, como el siempre generoso «Viejo» Rossy y tanta gente linda, entre ellos Higinio Mena, el cantor argentino que Figura en el repertorio del Choncho y del Sabalero. También en esa época recuerdo un nuevo encuentro con Sendic –el primero había sido en Cuba, junto al Doctor Elena– y otros, también fugaces, en Montevideo, tras ser liberado. En París lo veo por última vez, ya muy enfermo, apoyado, entre otros, por un amigo uruguayo médico, muy solidario, Eduardo Andrealo. Con él fui a visitarlo y llevé la guitarra, que me parecía la mejor manera de abrazar al Bebe. Le pregunté qué quería escuchar y me pidió «El Chueco Maciel». Tiempo después, en Montevideo, una multitud esperaba su cuerpo en el aeropuerto para enterrarlo en La Teja. Siempre recuerdo «Todos conspiramos», aquel poema que le dedicaste tempranamente.

– *Sí, es cierto. Y siguiendo tu itinerario, ¿qué hiciste en América Latina durante esos años?*

– Y, por ejemplo, viajo por primera vez a Colombia, en una gira organizada por Betty Rolando, una recordada actriz de teatro uruguayo que vivía allí. Voy invitado a un festival de un seminario progresista, y además logro tener un encuentro con algunos miembros de la familia del sacerdote revolucionario Camilo Torres. Les pude contar a ellos que poco tiempo después de la caída en combate de Camilo, la Universidad de la República organizó en Montevideo un homenaje a su memoria, donde yo canté «Cruz de luz». Estaba presente la madre de Camilo, Isabel Restrepo. Cuando estaba terminando mis actividades en Colombia me comuniqué con los familiares del escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, quienes me invitaron a Ecuador para que allí se intentara organizar algún recital mío. Pasé la frontera por tierra y ya empecé a vivir toda una situación fuerte en varios sentidos. Primero que nada porque había una complicación política interna en Ecuador y en el viaje que hice de Pasto a Quito, andaban camiones del ejército con nidos de ametralladoras arriba, controlando los caminos. Incluso nos hicieron bajar de la buseta, como la llaman ahí, dos o tres veces, con inspecciones de todos los que íbamos arriba, hasta de la guitarra. Y luego la llegada a Quito, desembocando en un mundo marcadamente indígena, una cosa her-

mosa, impactante. Y después tuve mis actividades musicales allí, en la Universidad de Quito, también una experiencia a no olvidar, así como la visita a la Fundación Museo Oswaldo Guayasamín, guiado por el propio artista. Tiempo más tarde, en 1987 voy de nuevo a Nicaragua. Allí participé en el Festival del Libro en Managua. Había tenido toda la emoción y el aprendizaje de lo que fue el período saludable del sandinismo. Eso fue muy importante para mí. Yo diría que después de la influencia de Cuba en los años sesenta, fue la segunda influencia fuerte que tuve, así, como conmoción política, en contacto directo. Dos años después, en el 89, cuando volví a otra feria del libro en Nicaragua, pude de nuevo cambiar ideas con Ernesto Cardenal. Por cierto, él resultará una de las figuras más críticas durante la crisis posterior del sandinismo. Después viene una experiencia muy particular que se me da en el año 1988 en Chile donde, cuando me invitan, todavía estaba Pinochet y su dictadura. Eso surgió en un viaje que hago de Montevideo a París, donde me invitan a integrar una delegación de poetas franceses –hacía años que yo tenía la conacionalidad francesa– para participar en un festival cultural llamado «Chile crea». Fue como una burbuja ese festival, ocurrió con muy poca promoción pero con mucho público, a puertas cerradas. Se ve que en ese momento la dictadura tuvo que ceder el pequeño terreno de esos actos culturales. A mí ese viaje me permitió volver a abrazar amigos como ese cantautor tan original que es Gonzalo "Payo" Grondona. Esa vez pude conocer a Margot Loyola, que a veces queda un poco como olvidada, pero que es muy valiosa desde otra perspectiva que la de una Violeta Parra. Recuerdo que en ese acto, con sus muchos años encima, después de cantar, ella hasta se bailó una cueca. En el 89 volví a México y canté, esta vez sin vos, en la hermosa Sala Nezahualcóyote. Allí en México me reencontré con mi compañera Lourdes, que estaba viviendo en París y había viajado a la ciudad de México para visitar a su gente. Después, en el 91 tuve también actuaciones en Brasil, país que siempre ha sido para nosotros los músicos uruguayos un camino en repecho para que nuestra música entre hacia allá, en tanto que para ellos es un camino como en bajada, porque aquí la música brasileña penetra más, la conocemos bastante. En Brasil se nos iban abriendo algunos huecos en la red y entonces pude ir a cantar al Memorial de